

que era al cordero á quien se enviaba un embajador para suplicarle que no fuese demasiado provocante.

Inglaterra era la mejor amiga de Dinamarca. ¿Qué podía ésta esperar de las demás potencias? A su llegada á Copenhague, lord Wodehouse encontró allí al enviado moscovita, Sr. de Ewers. No podía esperarse que Rusia, apurada aún por los asuntos poloneses y unida al gabinete de Berlín, se apresurase á entrar de lleno en la cuestión danesa. El Sr. de Ewers mostróse, pues, poco caritativo, aunque menos áspero que el enviado británico. Las instrucciones que recibiera al salir de San Petersburgo consistían en reclamar del gabinete danés la revocación de aquella malhadada Constitución de noviembre que era tenida por la causa de todos los males. Asocióse á los consejos de lord Wodehouse, repitió sus observaciones y más de una vez lo acompañó á ver á los ministros daneses. El 21 de diciembre, al terminar la reseña de una de sus entrevistas con el Sr. Hall, el embajador británico se expresaba en estos términos: «No puedo cerrar este despacho sin consignar cuán agradecido estoy al apoyo amistoso y cordial que he recibido de mi colega ruso durante el curso de esta entrevista: sus argumentos han coincidido completamente con los míos.» De poco le servía á la pobre Dinamarca esa identidad de miras. ¿Era posible que el zar se opusiese enérgicamente á las pretensiones de Prusia? Sobre este punto los daneses no se hacían ilusiones, y si la frialdad de Inglaterra era para ellos una decepción, nunca habían contado con el concurso de Rusia.

Por tibios, por equívocos que fuesen aquellos apoyos, nada se hallaba irrevocablemente comprometido mientras Francia no se hubiese pronunciado. En tanto que lord Wodehouse y el Sr. de Ewers marchaban á Copenhague, el general Fleury se disponía á salir de París. Las instrucciones que había recibido del ministro de Negocios extranjeros revelaban un pequeño despecho y una grande ilusión. He aquí la causa del despecho: Napoleón difícilmente se consolaba de que su reciente proyecto de Congreso hubiera sido acogido con frialdad. Bajo el imperio de esa decepción, tendía á encerrarse en una abstención desdeñosa ó á señalar, con mal humor, todo lo que el Congreso hubiese podido resolver y todo lo que, por falta de Congreso, quedaba en suspenso. Por consiguiente, se había prescrito una reserva extrema y quizá excesiva al enviado imperial. En cuanto á la ilusión, ésta descansaba en una creencia más sensible que todo lo demás, en la creencia de que toda intervención directa en favor de Dinamarca sería un atentado al principio de las nacionalidades, y ese error inicial había de pesar hasta el fin sobre la política francesa. La única recomendación positiva que llevaba el embajador era la de exhortar al gabinete danés para que cumplierse los compromisos contraídos en 1852 con Alemania. Antes de partir, Fleury vió al emperador que marcó bien su voluntad de no inmiscuirse en la querrela entre la Confederación y Dinamarca, é insistió principalmente sobre la *terquedad* de los consejeros de Cristián IX (1). Provisto de esas instrucciones tan vagas como incompletas, el general llegó el 16 de diciembre á Copenhague, donde fué objeto de grandes atenciones, merced á la importancia del país

(1) *Souvenirs du général Fleury*, tomo II, pág. 277.

que representaba y merced sobre todo á su influencia cerca de Napoleón, pues se le consideraba como favorito del soberano. Interrogado por lord Wodehouse, el general habló del objeto de su misión con una franqueza casi brutal y en términos que hubiesen consternado, si los hubiese oído, al príncipe que «iban á cumplimentar.» «Estoy encargado, dijo, de predicar aquí la política moderada, la política de conciliación. Debo manifestar sobre todo, de una manera explícita, al gobierno danés, que, si entra en guerra con Alemania, Francia no la auxiliará (2).» En la audiencia que obtuvo de Cristián IX y en sus entrevistas con los ministros del rey, el general empleó un lenguaje tan categórico? Lo ignoramos. Hablando con el jefe del gabinete danés, enumeró las ventajas de un Congreso que hubiese permitido conciliar la idea de las nacionalidades en las estipulaciones del tratado escrito. Los enviados de la Gran Bretaña y de Rusia le rogaron que se uniese á ellos para recomendar la revocación de la Constitución de noviembre, único medio de evitar la ruptura, al decir de ellos. El embajador francés telegrafió á París pidiendo instrucciones, y se unió luego á sus dos colegas. Tres días después, Fleury salió de Copenhague, sin haber hecho nada eficaz para conjurar la crisis y dejando las cosas más enmarañadas que nunca.

Inglaterra se mostraba dura consejera y Rusia indiferente. Francia hablaba de congreso ó de aspiraciones nacionales y evitaba explicarse sobre lo demás. Lo peor sería que el abandono á que se veía reducida Dinamarca se revelase á los ojos de los que codiciaban sus despojos. Este colmo de ventura no le faltó á Bismarck. Antes de ir á Copenhague, lord Wodehouse había pasado por Prusia y se había confesado con quien hubiera debido evitar. Al salir de Copenhague, Fleury tomó también la vía de Berlín, de suerte que el consejero del rey Guillermo pudo hacerse cargo de los pensamientos de Francia, lo mismo que de los de Inglaterra. No hay duda que el general defendió la causa de la paz, pero la defensa fué tan fría, rodeada de tantas restricciones, tan tranquilizadora para el agresor, que más hubiera valido callar. Menos intimidado que estimulado, Bismarck volvió á reclamar la revocación de la Constitución de noviembre: sólo así podría contener á la Confederación y evitar la guerra. Esto dicho, el jefe del gabinete prusiano, según costumbre que le era ya familiar, cambió de conversación, habló superficialmente de una infinidad de cosas agradables y tanteó todos los terrenos á fin de sorprender los deseos del emperador y buscar los medios de adormecer su vigilancia. Hablóse del proyecto de congreso y luego de la hegemonía prusiana, de la cual Napoleón no era partidario. Entre paréntesis, dijeron pestes del Austria. En medio de todas aquellas altas miras, ¡qué remota y pobre parecía la cuestión danesa! El abogado parecía menos atento á defender á su cliente que á ligarse con el adversario. Metiéndose cada vez más en el terreno de las confidencias, Bismarck habló de la insurrección polonesa y de sus provincias del Vístula: «Antes morir que dejar discutir nuestras posesiones de Posen,» dijo; y añadió al descuido: «Preferiría ceder nuestras provin-

(2) Despacho de lord Wodehouse á lord Russell, 19 de diciembre de 1863.

cias del Rhin.» «Respecto á las provincias del Rhin, telegrafió en seguida Fleury, la palabra ha sido pronunciada. ¿Hay que insistir?» Napoleón contestó: «No habléis del Rhin y tranquilizad acerca de Posen.» Después de lo cual, en el mismo despacho, el emperador de los franceses se acordó de Dinamarca y, con una resignación filosófica, añadió estas palabras: «Hemos hecho por Dinamarca todo lo que podíamos hacer.» Después de haber recibido este telegrama, Fleury salió de Berlín colmado de atenciones por Bismarck y por el rey, que le encargó «muchos cumplimientos para Su Majestad Imperial.» Lo único que anublaba la alegría de Fleury era el pensar en el porvenir de la monarquía danesa. «Tanto si el rey Cristián retira su Constitución como si no la retira, escribió el general, no dejaré de haber tiros.» El horóscopo no era difícil de echar: lo prudente y justo hubiera sido evitar que se cumplierse. Mientras tanto, el terreno quedaba libre para Bismarck. Con mayor dureza que nunca, repitió su ultimátum: ó la guerra ó la revocación de la Constitución antes del 1.º de enero (1).

En Copenhague esas sombrías perspectivas, algo veladas al principio, se descubrieron una tras otra y todos los corazones se helaron de espanto. La ejecución federal sólo había inquietado á medias. Ahora Prusia entraba en escena dirigiendo todo el complot. El jefe del gabinete, Sr. Hall, presentó la dimisión. Creóse, no sin dificultad, un nuevo ministerio bajo la presidencia del obispo Monrad. Acercábase la fecha de 1.º de enero: era el plazo fijado por Bismarck para la capitulación de la monarquía danesa. En tales coyunturas, Monrad, azorado, iba de sir Augusto Paget, ministro de Inglaterra, á lord Wodehouse, que aún no había partido. En ciertas ocasiones empleaba un lenguaje casi revolucionario; hablaba de «lanzar al pueblo» y trazaba todo un programa de resistencia: «Si se arroja á los daneses del Sleswig, decía, continuarán la lucha en la Jutlandia; y si se ven obligados á evacuar la Jutlandia, se batirán á todo trance en las islas, hasta que Copenhague caiga en manos del enemigo.» Aquellas veleidades belicosas eran cortas. La mayor parte de las veces, el pobre ministro se contentaba con enumerar sus concesiones y ponía su esperanza en Europa. Pero ¡qué decepción! Europa, complaciente con el fuerte, parsimoniosamente equitativa con el débil, reservaba para Berlín sus súplicas y para Copenhague sus intimaciones.

En medio de esta crisis, todas las miradas de los diplomáticos se volvían hacia las orillas del Danubio. El gobierno de Viena podía evitar ó precipitar el conflicto, según que contuviese ó secundase á Prusia. A juzgar por las apariencias, Francisco José miraba con escaso interés aquella remota contienda que se agitaba en los confines de los países escandinavos. El temor de turbar la paz europea, de suscitar la cuestión de las nacionalidades, de hacer crecer una ambición rival sin ningún provecho para sí, todo parecía invitar al Austria al retraimiento.

Durante mucho tiempo, los ministros del Imperio habían cuidado de no emitir ningún parecer personal respecto á la cuestión danesa. A fines de 1861 y á prin-

(1) *Souvenirs du général Fleury*, tomo II, págs. 273-286.—*Denmark and Germany*, *passim*.

cipios de 1862, nuestro embajador, el duque de Gramont, había transmitido sobre el particular informes muy claros. En 30 de noviembre de 1861 se expresaba ya en estos términos: «Desde el origen de la cuestión danesa, el gobierno austriaco ha dejado que Prusia la dirija.» Y un mes después escribía: «El gabinete de Viena ha abdicado toda iniciativa en la cuestión de los ducados. Si se quiere ejercer una influencia útil, hay que obrar y hablar en Berlín.» «El Austria, añadía en 31 de enero de 1862, no piensa imponer á Dinamarca una obligación perentoria. Al asociarse á las reclamaciones de Prusia, da á comprender que no las ha inspirado (2).» Mas, como el tiempo apremiaba, el duque de Gramont había explanado varias veces una consideración que preocupaba á los ministros vieneses. Después de haber repetido que el Austria no abrigaba animosidad alguna contra Dinamarca, hacía observar que nunca dejaría obrar sola á su osada vecina, porque nunca querría dejarle el *monopolio del mandato federal*. Abandonar el campo libre á Prusia en el Norte de Alemania, y muy especialmente en los ducados, era agrandar «el *Piamonte septentrional*,» como decía Rechberg, y transferirle la dirección del movimiento nacional germánico. Aquel temor de ser distanciado en popularidad y de ser eclipsado en influencia, era mucho más vivo desde que Bismarck había empezado á indicar su osada política. De modo que ambas potencias iban á acercarse una á otra para vigilarse ó contenerse mutuamente, y su acción común iba á tener por fundamento, no la amistad, no la identidad de pensamientos, sino los celos. Durante el otoño de 1863, los ministros austriacos habían acentuado su lenguaje con el gobierno danés, apropiándose ciertas fórmulas altivas ó amargas que no tenían por costumbre usar. Rechberg proclamaba la validez del tratado de Londres y su intención de respetar la integridad de la monarquía danesa; pero volvía, con marcada insistencia, sobre los compromisos de 1851 y 1852 y hablaba de la *no incorporación* del Sleswig como hubieran podido hacerlo en Francfort ó en Berlín. En esto, sobrevino un incidente que tuvo gran resonancia en los círculos vieneses. Habiendo Cristián IX enviado á Francisco José el contraalmirante Irmingier para notificarle su advenimiento al trono, este último esperó tres días que el emperador lo recibiese y tuvo que volverse sin haber obtenido audiencia. De parte de Austria, que había firmado el tratado de Londres y reconocido los derechos hereditarios del nuevo rey, el proceder era poco justificable y anunciaba ya el estado de guerra. Hasta acerca del mismo tratado de 8 de mayo el lenguaje de Rechberg había cambiado un poco. Su adhesión no era ya más que condicional: «El gabinete de Viena, decía, está decidido á mantenerse en el terreno del tratado, pero, añadía á título de correctivo, con tal de que Dinamarca revoque la Constitución de noviembre y cumpla los compromisos de 1851 y 1852.» No se expresaban de otro modo en Prusia, y el gobierno de Viena parecía hacer causa común con el de Berlín. ¡Alianza extraña y fundada, como ya hemos dicho, en la desconfianza! Pero todo era extraño en el encadenamiento de las causas que empujaban el conflicto hasta el estado más agudo.

(2) Correspondencia inédita.

Tiempo atrás, la erudición alemana había establecido que los ducados, de derecho, formaban parte del patrimonio germánico. La Dieta de Francfort había recogido la afirmación y, por temor de que la opinión pública la dejase atrás, se la había apropiado. Prusia, á su vez, á fin de que nadie la aventajase en popularidad, había suplantado á la Dieta de Francfort. Finalmente, el Austria se ponía al lado de Prusia por temor de que se la acusara de indiferencia por la grande patria; así es que de la malsana mezcla de la ambición y de los celos nació la coalición contra la infeliz Dinamarca.

La inteligencia de las dos potencias se vió claramente cuando, en 28 de diciembre, Prusia y Austria, por medio de una moción común, pidieron que la Dieta intimase á Dinamarca la revocación de la Constitución de noviembre; en caso de negarse, el Sleswig sería ocupado, como lo había sido ya el Holstein. Habiendo declinado la Dieta la solidaridad de una medida muy superior á su audacia, los dos altos confederados declararon que tomarían por su cuenta la agresión. En 16 de enero de 1864 la corte de Dinamarca recibió un ultimátum. Este era tan breve como amenazador: si los consejeros de Cristián IX no habían abrogado la Constitución en el plazo de cuarenta y ocho horas, los dos embajadores saldrían de Copenhague. Así hablaban las dos potencias, pero dorando su conducta con toda clase de explicaciones: la ocupación del Sleswig no sería conquista, sino simple prenda de seguridad: la integridad de Dinamarca sería respetada: si era necesario recurrir á las armas, la mayor moderación presidiría á las condiciones de la paz. Tal era, cuando los miramientos parecían aún convenientes, el lenguaje de Rechberg en Viena y creo que también el de Bismarck en Berlín.

Era inútil disimular, pues la situación de Europa hacía superfluas las excusas. Unida á Dinamarca por tradicional amistad, por una reciente alianza de familia y por el recuerdo de los compromisos contraídos bajo sus auspicios en Londres, Inglaterra pensaba en una mediación. Pero en vano trataba de conmovir á Rusia y de arrastrar á Francia.

De San Petersburgo, lord Napier enviaba noticias desconsoladoras; se tenían pocas esperanzas de que el zar se resignase á hacer observaciones á Prusia. Gortschakoff contemplaba con tranquila serenidad el desenvolvimiento de la crisis: la única conducta que aconsejaba á Dinamarca era que no resistiese y que considerase la invasión como una *ocupación*; de este modo, como la excesiva paciencia de la víctima habría evitado la efusión de sangre, se conservarían hasta el fin las apariencias de la paz (1).

Francia distaba mucho de emplear semejante lenguaje, que hubiese parecido ironía ó complicidad. Pero toda clase de motivos la retraían de la defensa del derecho violado. La cuestión danesa parecía muy mezquina, muy enojosa y sobre todo muy oscura: para debatirla hubiera sido necesario comprenderla, y ¿quién se preciaba de haberla profundizado? A Napoleón le gustaban las causas justas, pero con la condición de que fuesen brillantes. Y aquí el derecho era modesto, aunque sagrado. La potencia á combatir era Prusia, la que

(1) Despacho de lord Napier á lord Russell, 10 y 11 de enero de 1864 (*Denmark and Germany*).

Napoleón acariciaba más entonces, con la esperanza de una acción común y de comunes engrandecimientos. En París aún se tenía muy presente el despacho perentorio por medio del cual lord Russell había rechazado la proposición de Congreso: ¡qué más natural, qué más humano, si no legítimo, que emplear represalias y contestar con la idea de un Congreso al que hablaba de mediación ó conferencia! Por último había una consideración que dominaba á todas las demás. En las Tullerías subsistía el resentimiento por el fracaso de las negociaciones polonesas, y dominaba la resolución de callar en adelante, á menos de que se estuviese á punto de apelar á las armas. Fueron innumerables las veces que el embajador de Inglaterra fué al ministerio de Negocios extranjeros durante aquel mes de enero de 1864. Drouyn de Lhuys le escuchaba sin interrumpirlo y con triste gravedad. No negaba los peligros de Dinamarca y reprobaba, como el enviado británico, los abusos de la fuerza. Pero desde el momento que se le proponía un plan, su ingenio se mostraba prodigiosamente fecundo en objeciones: no se negaba á tomar parte en una conferencia ó asociarse á una mediación, pero era preciso al menos que subsistiese alguna esperanza de acuerdo: las cosas estaban demasiado adelantadas para un arreglo pacífico; entrando en detalles, multiplicaba las interrogaciones: ¿Se podía asegurar el *statu quo* militar y político durante las negociaciones? Los proyectos ingleses ¿serían aceptados por la Dieta? Lord Cowley discutía estas objeciones, procuraba quitarles importancia y añadía con cierta impaciencia: «No evitaremos la guerra observando la marcha de los acontecimientos arma al brazo.» A pesar de todos los argumentos, Drouyn de Lhuys no se dejaba convencer. Si el embajador le acosaba demasiado, él replicaba, no sin cierta secreta intención de reproche, que la reciente campaña en favor de Polonia no estimulaba mucho á reproducir una campaña igual: Francia no se asociaría á Inglaterra sino en el caso de que ésta estuviese decidida á ir más allá de las observaciones, y la conversación terminaba con esos irritantes recuerdos (2).

Lo que completaba la confusión era que la Gran Bretaña, la protectora de Dinamarca, sentía de vez en cuando algún embarazo por su patronato. Como Dinamarca, Prusia le estaba unida por la comunidad de religión, por lazos de familia y por antiguas costumbres de amistad. La reina, en memoria del príncipe Alberto, sentía aversión por todo lo que la separase de Alemania, patria de su esposo. Si se llegase á la guerra, ¿no se haría el caldo gordo á Francia que se extendería hasta el Rhin (3)? En el fondo, la protección parecía muy onerosa. No estaban lejos de reprochar á Dinamarca los cuidados que causaba á Europa. La trataban como á un pariente pobre á quien se auxilia maltratándolo. En el *Foreign Office* se meditaban observaciones enérgicas, pero éstas se atenúan al acercarse á Berlín; á veces no llegaban á su destino y no faltaron ocasiones en que, equivocándose de ruta, fueron á parar á Copenhague.

Bien se vió cuando el ultimátum de 16 de enero lle-

(2) Despachos de lord Cowley á lord Russell, 5, 7 y 14 de enero de 1864.—Véase también *Documents diplomatiques*, 1864, págs. 6-8.

(3) Véase Spencer Walpole, *Life of John Russell*, tomo II, págs. 389-390.—Véase también Evelyn Ashley, *Life of Palmerston*, págs. 425 y 431.

gó á la corte de Dinamarca. La más imperiosa observación fué dirigida, no á las potencias alemanas, sino á los consejeros de Cristián IX. «El gobierno de Su Majestad, escribió en 18 de enero lord Russell á sir Augusto Payet, exhorta seriamente al gobierno danés á revocar sin pérdida de tiempo la Constitución de noviembre en lo que se aplica al Sleswig, y á convocar inmediatamente el Rigsraad á este fin.» Sir Payet se avistó en seguida con el obispo Monrad y se mostró sorprendido de que Dinamarca no hubiese firmado ya su propia inmolación. «¿De qué servirán, replicó Monrad,

notificada por telégrafo á París, á San Petersburgo, á Londres y á Estokolmo. Las potencias no alemanas interpusieron sus buenos oficios y esta vez lo hicieron en términos que no admitían réplica, puesto que Cristián IX emprendía el camino que sus mismos adversarios le indicaban.

En tales coyunturas estallaron las ambiciones prusianas. En Berlín todo se preparaba para una entrada en campaña y los militares se alegraban de probar sus fuerzas después de un largo período de paz. «La cuestión, decía el general Roon, no es una cuestión de derecho,



El general Gablenz

nuevas é ilusorias negociaciones?» Y añadió, con visos de empezar á ceder, que á la nota del 16 de enero seguiría sin duda otra intimación y que tiempo quedaría entonces para consumir el sacrificio si no era posible evitarlo. «¿Qué ganaréis esperando otra intimación?, replicó duramente el diplomático inglés; tendréis veinticuatro horas para decidirlos, en vez de cuarenta y ocho; ese será todo vuestro beneficio.» La conversación duró largo rato. Vencido al fin, Monrad sacó de su cartera un escrito preparado de antemano: era una declaración del gobierno danés que se obligaba á convocar el *Rigsraad* y hacer votar por él la revocación de la Constitución. Sir Augusto Payet se hizo leer varias veces el documento, analizó todos sus términos, lo juzgó «casi satisfactorio,» y, después de haber indicado algunos retoques, estimó que su cliente se había mostrado bastante dócil. «Si esa última concesión es rechazada por Austria y Prusia, escribió á Russell, no se podrá deducir de esa negativa más que una cosa, y es que las dos potencias alemanas, lo mismo que la Confederación germánica, persiguen nada menos que el desmembramiento de Dinamarca (1).»

En 21 de enero, la resolución del gabinete danés fué

(1) Despacho de sir Augusto Payet á lord John Russell, 19 de enero de 1864.

sino una cuestión de fuerza, y la fuerza la tenemos.» Bismarck negó todo nuevo plazo y no aceptó las concesiones danesas. El Austria apeló á toda clase de razonamientos útiles para disimular la injusticia. Como se acercaba enero, prusianos y austriacos invadieron el Holstein con sus contingentes federales. En 30 de enero, el feldmariscal Wrangel, en una breve intimación, notificó al comandante militar danés que tenía orden de ocupar el Sleswig y, por consiguiente, le invitó á evacuarlo. En 1.º de febrero de 1864 los aliados pasaron el Eider. Europa, que había soportado la invasión de las Marcas, hizo poco caso de esta nueva invasión. No adivinó al émulo de Cavour ó no se dignó detenerlo á su primer paso. Después de todo, ¿no habían hecho ya bastante en favor de la pequeña Dinamarca? El litigio estaba enredado, la víctima era humilde y el campo del combate estaba lejos. Pero el derecho no se mide por el brillo ni por la importancia del objeto que ampara; y aquel derecho que no habían defendido á orillas del Eider habrían de defenderlo un día á orillas del Rhin.

III

El ejército aliado se componía de sesenta mil hombres bien armados, bien equipados y bien disciplinados